

Historización, actualidad y acción en la adolescencia

B. Miguel Leivi

*Mis recuerdos se perderán
como lágrimas en la lluvia...*
Ridley Scott, *Blade Runner*

Hay consenso entre los distintos autores que se han ocupado psicoanalíticamente de la adolescencia en que la acción –tomada en su sentido más amplio, como lo relativo al hacer– constituye quizá la característica más destacada de este período de la vida (Aryan, A.; Meltzer, D.); que a ello se debe el hecho de que el psicoanálisis –que se desenvuelve en el plano de la palabra, y que tiende a excluir la acción– haya sido considerado muy difícil, cuando no imposible, en la adolescencia (Freud, A.; Geleerd, E.; Jacobson, E.; Lampl-De Groot, J.; Mannoni, O.; Meltzer, D.); y que por ese motivo se hayan propuesto frecuentemente otros abordajes, no psicoanalíticos. El propósito de este trabajo es ubicar conceptualmente la noción psicoanalítica de acción y su incidencia particular en la clínica de la adolescencia.

Podría definirse el psicoanálisis como un campo de estudio de fenómenos considerados como efectos de memoria, de la persistencia de algo perteneciente al pasado. Aquello que no comparte esta característica cae por fuera del campo psicoanalítico. Así lo entendía Freud, al crear el campo –extraanalítico– de las neurosis actuales (*Aktualneurosen*), que son actuales en el doble sentido (Laplanche, J.- Pontalis, J.-B.) de reconocer sus causas en el presente, de no remitir necesariamente al pasado, y de estar vinculadas con lo efectivo, (f)actual, con lo que se hace y cómo se hace¹, con la acción, con el acto en tanto contrapuesto por

¹ “Actual: ... *Del latín actualis, ‘activo, práctico’*” (Corominas, J.- Pascual, J. A.; Segura Munguía, S.).

Aristóteles a la potencia (Ferrater Mora, J.; Moliner, M.). Específicamente, en el caso de las neurosis actuales, ese acto es el acto sexual.

En esta primera delimitación del campo psicopatológico se opera una bipartición, que separa un interior de un exterior: hacia adentro, desplegadas en el espacio de la memoria, que se extiende entre el recuerdo y el olvido, las psiconeurosis, neurosis del recuerdo o de la reminiscencia, modo en que el pasado persiste en lo presente; hacia afuera, como resto de esta operación de delimitación, las *Aktualneurosen*, neurosis del acto, de lo puramente actual. Esta idea básica no será modificada por Freud: lo puramente actual, si es que existe, es exterior al psicoanálisis (Laplanche, J.- Pontalis, J.-B.).

Para lo que queda incluido en lo que será el campo propio del psicoanálisis, para las psiconeurosis, Freud desarrolla una primera teoría —la teoría traumática— y un método terapéutico —el método catártico— que, en conjunto, definen una clínica de la acción, diferente de lo que será posteriormente la clínica propiamente psicoanalítica, clínica de la palabra.

Esa primera clínica, pre-analítica, se centra en los efectos de la marca del acontecimiento del pasado: algo ocurrió en el pasado, dejó una marca, y esa marca produce efectos que constituyen la patología. La terapéutica consiste en llegar de alguna manera a esa marca y hacer algo: producir su descarga. Es una clínica de la acción porque supone, por un lado, la acción del terapeuta, no limitado aún por la regla de abstinencia, que en este período no tenía razón de ser. Así, es fácil ver a Freud, en sus primeros historiales, recurrir con toda legitimidad a todo tipo de acciones en su finalidad terapéutica: hipnotizaba, sugestionaba, ponía la mano en la frente, informaba, indicaba, etc. Pero, por otro lado, supone también la acción del paciente, que debe hacer algo que en el momento del supuesto trauma no hizo y por ese motivo enfermó: descargar. Si en el método catártico paciente y terapeuta hablan —y por cierto lo hacen—, ese hablar es meramente instrumental, otro recurso para la descarga. Por eso Freud lo llama ab-reacción. Acción (la del trauma), re-acción (la de la respuesta al trauma) y ab-re-acción (la descarga más alejada, a través de la palabra y del “*comercio asociativo*” [Freud, S., 1893]) forman una serie que remite en última instancia a la acción, acción que, ante todo y en primer término, proviene de afuera, de la realidad:

la acción primera es la del trauma.

Esta teoría –que, de haberse sostenido, hubiera brindado una muy completa explicación de las psiconeurosis de acuerdo al modelo médico, dando cuenta de su etiología, su patogenia, sus diferencias clínicas, su terapéutica y hasta su prevención– fue sin embargo rápidamente abandonada por Freud, porque sus fundamentos resultaron insostenibles. Es que, centrada en el acontecimiento, en la realidad del trauma, cuyo valor traumático se debería precisamente a que supuestamente habría acontecido en la realidad, conduce a impasses insalvables. ¿Cómo saber que algo sucedió en la realidad? Según la teoría, porque dejó una marca. La presencia de la marca es así prueba de la realidad del trauma. Pero ocurre que en el aparato psíquico hay exceso de marcas, exceso de memoria; hay marcas hasta de lo que no pudo haber ocurrido (Freud, S., 1897), por lo que su presencia no puede tomarse como prueba de la realidad del acontecimiento². Hay también exceso de realidad, porque el aparato tiende efectivamente a tomar la presencia de la marca como prueba de la realidad del hecho, lo cual no quiere decir que la teoría deba hacer lo mismo. Y hay, por último, exceso de actualidad, ya que si el acontecimiento supuestamente traumático ocurrió en el pasado, en tanto tal está perdido; pero las marcas dejadas son siempre presentes, siempre actuales³. A nivel de las marcas la actualidad es permanente. Y lo que enferma no es el acontecimiento, aunque haya ocurrido, sino su marca, su recuerdo, aún si no sucedió (*“los histéricos sufren principalmente de reminiscencias”* [Freud, S., 1893]).

El cambio de enfoque y de método terapéutico resultantes llevaron al desarrollo de una clínica propiamente psicoanalítica, ya no de la acción, sino de la palabra. Su centro ya no es la marca del acontecimiento del pasado, sino la presencia de lagunas mnésicas, brechas en la continuidad del relato histórico. Su horizonte de valor ya no es la realidad, el pasado, sino la historia.

² “(En) el otro grupo de procesos psíquicos –fantasías, procesos de referencia, impulsos emocionales, conexiones de pensamiento– (...) ocurre de manera particularmente frecuente que algo es ‘recordado’ sin que nunca haya podido ser ‘olvidado’ porque nunca fue registrado en ningún momento; nunca fue conciente” (Freud, S., 1914).

³ “... debemos tratar su enfermedad no como un evento del pasado, sino como una fuerza actual” (ibid.).

Su método de acción ya no es la descarga, la abreacción, sino la libre asociación (Freud, S., 1914). El concepto psicoanalítico de acción (*agieren*) como fenómeno clínico y como obstáculo surge en relación con este cambio⁴, como lo que no entra en la vía de la palabra, de la rememoración, de la historia, de la libre asociación (Allouch, J.).

¿Por qué la historia? Porque, dado el exceso de marcas, de realidad, de actualidad, con que se encuentra, el aparato psíquico no puede funcionar en esas condiciones. Es necesario tornar esas marcas no-actuales, efectivamente pasadas, poner distancia, perderlas. De lo contrario, el sujeto quedaría sumergido en un eterno presente, aplastado por una abrumadora actualidad. Todo lo cual queda magistralmente ilustrado por el personaje de *"Funes el memorioso"*, de Borges, la ficción imposible de un sujeto dotado de una prodigiosa memoria sin la menor posibilidad de historizar:

"(...) un tal Ireneo Funes, mentado por algunas rarezas como la de no darse con nadie y la de saber siempre la hora, como un reloj (...) lo había volteado un redomón en la estancia de San Francisco y había quedado tullido, sin esperanza (...) no se movía del catre (...) su condición de eterno prisionero, inmóvil (...) Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado (...) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles (...) Podía reconstruir todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día

⁴ "El acting out es lo que surge como problemático del acto cuando el médico renuncia a la demanda de abreacción. Es correlativo, pues, de la ubicación del psicoanalista como tal" (Allouch, J.).

entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero. Me dijo: (...) Mi memoria, señor, es como un vaciadero de basuras (...) Locke, en el siglo XVII, postuló (y reprobó) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez (...) Nos dejan vislumbrar o inferir el vertiginoso mundo de Funes. Éste, no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente) (...) Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso (...) Nadie ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano (...) Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos (...) Ireneo tenía diecinueve años; había nacido en 1868 (...) murió en 1889, de una congestión pulmonar.” (Borges, J. L.).

La historia, diferente del pasado, es lo que hace posible el olvido, ese olvido imprescindible para poder funcionar, para poder

vivir; es lo que permite poner distancia con respecto a la actualidad de las marcas, constituyéndolas en recuerdos. Recuerdo y olvido no se contraponen aquí, sino que se implican recíprocamente.

“La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado” (Lacan, J., 1954). Las diferencias son fundamentales. El pasado es una pura dimensión temporal, un aspecto de lo real, como tal infinito, incuantificable⁵, perdido, aunque eficaz; la historia es una construcción simbólica, un saber acerca del pasado, un relato presente acerca de qué es lo que pasó en el pasado. El hecho histórico, a diferencia del acontecimiento del pasado, cuyo valor depende aisladamente de la sola circunstancia de haber sucedido, recibe su valor del lugar que ocupa —o que no ocupa— en el conjunto.

La historia supone reducción, eso que Funes intentaba infructuosamente hacer con la infinitud de sus impresiones. No existe una historia “total”. Para cada construcción histórica algo va a quedar siempre necesariamente afuera, excluido, no historizado, perdido⁶; lo cual abre, desde el punto de vista psicoanalítico, la cuestión de la represión primaria. Supone, además, organización, el establecimiento de lazos de distintos tipos, particularmente causales, entre los hechos que abarca. Dichos lazos son, en términos generales, ilusorios, y no son reflejos de la “realidad” (Aulagnier, P.); ello no les quita efectividad en la determinación de la experiencia subjetiva, pero, por ese motivo, los hechos históricos pueden ser encadenados de muy distintas formas, y son posibles tantas historias. Esto plantea un segundo nivel de pro-

⁵ “Se ha dicho alguna vez: ‘La Historia es la ciencia del pasado’. Me parece una forma impropia de hablar. Porque, en primer lugar, es absurda la idea de que el pasado, considerado como tal, pueda ser objeto de la ciencia. Porque ¿cómo puede ser objeto de un conocimiento racional, sin una delimitación previa, una serie de fenómenos que no tienen otro carácter común que el no ser nuestros contemporáneos? ¿Cabe imaginar, en forma semejante, una ciencia del Universo en su estado actual?” (Bloch, M.).

⁶ “Toda integración simbólica lograda implica algo así como un olvido normal (...) sin retorno de lo reprimido. La integración en la historia implica evidentemente el olvido de todo un universo de sombras que no llegan a la existencia simbólica. Y si esta existencia simbólica es lograda y plenamente asumida por el sujeto, no deja ningún peso detrás suyo. Sería entonces preciso hacer intervenir nociones heideggerianas. Toda entrada del ser en su morada de palabras supone un margen de olvido, un $\lambda\eta\theta\eta$ complementario de toda $\alpha\lambda\eta\theta\epsilon\iota\alpha$ ” (Lacan, J., 1954).

blemas, interno a lo historizado: el de la represión secundaria y del retorno de lo reprimido. Y, además, la historia supone un sentido, en el doble sentido de la palabra: en tanto direccionalidad del tiempo, secuencia de pasado, presente y futuro como dimensiones constitutivas de la subjetividad⁷; y en tanto significado, ya que la historia es un relato, tiene y supone un argumento y constituye una escena en función de la cual y dentro de la cual el sujeto se mueve: la escena del mundo (Lacan, J., 1963).

Así como no hay historia “total”, tampoco existe historia “objetiva”. *“No todos los datos acerca del pasado son históricos, ni son tratados como tales por el historiador”* (Carr, E.). Siempre hay un sujeto –el historiador– que es responsable tanto de la selección de los hechos que van a entrar en la historia como de su encadenamiento particular, aunque ignore los motivos o incluso el hecho mismo de seleccionar; así como también es responsable de la exclusión de lo que no entrará, por cuyo destino es válido preguntarse. Y, por último, tampoco hay historia “definitiva”. Ya que si la historia se refiere al pasado, siempre se construye desde el presente, un presente siempre singular y cambiante que encuentra en ella su sentido⁸. Lo incluido y lo excluido de la historia, el sujeto de la misma, el historiador, y el presente desde el cual es construida y al cual aporta sentido, son aspectos que cobrarán particular relevancia en la adolescencia y en relación con el problema de la acción.

Constituir lo pasado como efectivamente pasado, perdido –función subjetiva de la historia–, implica, además de su transcurrir cronológico, su muerte simbólica. Sólo un sostén simbólico hace posible la introducción del elemento de ausencia que permite poner distancia con respecto a la inmediatez de las marcas. Solamente así, a través del duelo, algo –o alguien– puede ser reconocido como perdido en el pasado, como no-actual, como recuerdo. Dicha función de la muerte simbólica se pone de manifiesto, por ejemplo, en la universalidad, para todas las sociedades humanas conocidas, de los ritos funerarios y del enterrar a los

⁷ “El centro de gravedad del sujeto es esa síntesis presente del pasado que llamamos historia.” (Lacan, J., 1954).

⁸ “... ese trabajo de construcción-reconstrucción permanente de un pasado vivido nos es necesario para orientarnos e investir ese momento temporal inasible que definimos como presente...” (Aulagnier, P.).

muertos, ceremonias a través de las cuales los hombres dan muerte simbólica a los muertos reales. Su inversa se registra en las leyendas y mitos de almas en pena, espíritus errantes y muertos insepultos, como el conde Drácula, los cuales, aún muertos en lo real, no son recuerdo, sino que continúan acosando a los vivos en lo actual. Y en esto consiste en cierto aspecto el drama de los desaparecidos: seguramente muertos, su muerte sigue sin embargo negada en el plano simbólico, como si bastara el desconocimiento para borrar las marcas de su presencia. Vano recurso; la represión —entendida no sólo en su sentido psicoanalítico—, que es *“lo contrario mismo del olvido”* (Allouch, J.), sólo consigue mantenerlos arrojados a la actualidad. *“La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado (...) La ignorancia del pasado no se limita a impedir el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, la misma acción”* (Bloch, M.). Ese es el lugar que Lacan asigna a la pulsión de muerte: liberada de sus vínculos teóricos con la agresividad, con la destructividad, da cuenta de la necesidad de dar muerte simbólica a lo perdido, sin lo cual una vida humana no es posible; queda entonces ubicada en la raíz del lenguaje, *“en tanto aporta una dimensión nueva (...), la dimensión que vuelve posible un mundo, en la medida en que un mundo es un universo sometido al lenguaje”* (Lacan, J., 1955).

Aquello que entra en la historia, al ser reconocido como perdido en lo real, puede ser recuperado como recuerdo, como *“reproducción en el campo psíquico”* (Freud, S., 1914). El recuerdo ya implica historización. Si al comienzo, en la teoría traumática, el recuerdo era entendido por Freud como la marca misma del acontecimiento pasado, lo considera luego como construcción ya historizada. Es por eso que todo recuerdo tiene un doble aspecto: es encubridor, al no ser marca inmediata de lo real e implicar ya una construcción; pero es también descubridor, dado que esas construcciones que son los recuerdos infantiles conservan, si uno sabe leerlas, todo lo esencial de la infancia (Freud, S., 1914; 1916).

Este es el trasfondo sobre el cual la libre asociación como método terapéutico se despliega y cobra sentido. Supone la integridad de la organización simbólica, la historia como dimensión ya dada, la posibilidad del recuerdo, de la narración, de la verbalización. Si en el método catártico se trataba de recuperar

recuerdos, incluso bajo hipnosis, a los fines de la descarga⁹, ahora se trata simplemente de recordar, de rememorar, con una finalidad de historiador: *“obtener un cuadro de los años olvidados que sea al mismo tiempo confiable y completo en todos los aspectos esenciales”* (Freud, S., 1937). Todo debería entrar en la vía del recuerdo, de la historización, en la historia: *“Recordar a la vieja usanza... es el objetivo al cual (el médico) adhiere”* (Freud, S., 1914).

Dicho objetivo de máxima, que se acerca a la imposible historia “total”, sólo será factible hasta cierto punto. Sobre el fondo del discurso manifiesto de la asociación libre, las formaciones del inconciente permiten el acceso a lo reprimido secundariamente, a lo excluido de la verbalización aunque incluido en la historia¹⁰, inscripto en el cuerpo, en los síntomas, en los recuerdos inconexos, en las peculiaridades caracterológicas, etc. (Lacan, J., 1953). La libre asociación tiene aquí su campo más propicio; en rigor, es aquello para lo cual fue ideada.

Pero si la finalidad de obtener una historia sin brechas, con ser válida, es imposible (Freud, S., 1914), ello se debe a que no todo puede entrar en la historia. Toda historia, por estructura, deja un resto. Y ese resto no historizado, no muerto simbólicamente, al conservar su actualidad, va a emerger no ya al modo mediatizado de lo simbolizado –rememoración, formaciones del inconciente, síntomas–, sino al modo inmediato de lo actual, de lo real, en el presente repetitivo de la acción (*agieren*). *“Repetir, tal como es inducido en el tratamiento analítico de acuerdo con la técnica más nueva, implica conjurar un trozo de vida real”* (íbid.).

Como ya hemos visto, la primera delimitación del campo psicopatológico operada por la teoría traumática configuraba el futuro espacio psicoanalítico en relación con las marcas del pasado –las psiconeurosis–, excluyendo de su ámbito, como resto, lo puramente actual. Pero en ese espacio psicoanalítico, espacio de la persistencia de algo del pasado, el pasado no tiene una presencia unívoca, y se despliega en una doble dimensión mutuamente excluyente: el pasado historizado, recordado o no, pero

⁹ *“Recordar y abreaccionar, con la ayuda del estado hipnótico, era a lo que se apuntaba en esa época”* (Freud, S., 1914).

¹⁰ *“El inconciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado”* (Lacan, J., 1953).

reproducibile en el campo psíquico, por una parte; y el pasado actualizado, presentificado por la vía de la repetición¹¹, experimentado *“como algo real y contemporáneo”* (Freud, S., 1914), por la otra. De este modo, ese resto actual, que no cesa de no poder ser excluido, resurge en el interior del campo psicoanalítico, sin cesar de no inscribirse en él.

A este nivel la libre asociación fracasa, encuentra un obstáculo¹². Esta es una alternativa inevitable del trabajo clínico (íbid.). Pero, tal como le sucedía al pobre Funes, ante aquellas situaciones en las que, por el motivo que sea, el campo de trabajo se ve invadido de actualidad, el análisis amenaza tornarse efectivamente imposible. Éste es el origen de gran parte de los problemas clínicos encontrados en el análisis de adolescentes. Lo cual nos conduce al lugar de lo actual y de la acción en la adolescencia.

Pero antes, un interludio clínico:

Lucas tiene 18 años, aunque por su aspecto, su contacto y sus intereses parece menor. Está en tratamiento desde hace algunos meses, y concurre a sus sesiones con cierta irregularidad, aunque se muestra muy conectado: nunca deja de llamar, en ocasiones hasta dos o tres veces, para avisarme que no va a venir o que se va a demorar.

Las causas más frecuentes de sus ausencias tienen relación con los motivos que lo trajeron al tratamiento. En la primera entrevista, a la cual concurrió él solo, cuando aún tenía 17 años, me relató toda una heterogénea serie de malestares físicos que lo afectan en forma intermitente pero frecuente: tics, taquicardias, arritmias, procesos virósicos varios, fotosensibilidad, pérdida de memoria, dolores de cabeza o de estómago, baja presión, adormecimiento de los brazos, sensaciones de angustia en la garganta, estados de nervios, crisis de rabia, etc. Suele obsesionarse con preocupaciones acerca de su corazón, de tener el colesterol alto y otras; y fue estudiado médicamente en distintas ocasiones, atribuyéndose sus malestares al crecimiento, a los nervios, a comer porquerías, etc. Y por razones de este tipo suele faltar.

Vive con su madre y una hermanita de 4 años, hija del

¹¹ *“Algo de la abreacción es retomado en el problema del acting”* (Allouch, J.).

¹² *“El agieren es lo que del campo del hacer (die Tat) se encuentra subvertido por el hecho del fracaso de la rememoración”* (íbid.).

matrimonio de la madre con su segundo marido, del cual ella está “*medio separada*” desde unos seis meses antes de la consulta. Las relaciones entre Lucas y su madre han empeorado desde entonces. En cambio, mejoraron con su padre, que también se había separado unos seis meses antes de su segunda mujer, con la cual Lucas no se llevaba bien. Y las relaciones siguieron siendo buenas, pese a la separación, con el ex-marido de la madre, con quien había convivido desde sus 3 años, y que parece haberlo adoptado afectivamente como hijo; Lucas lo llama también a él “*mi papá*”, y el padre, a su vez, se refiere a este hombre como “*el padrastro de Lucas*”. Por todo esto, mis preguntas referidas a sus padres recibían tres respuestas.

El padre, que concurrió a mi pedido, se definió como un ex-drogadicto de muchos años, aunque había dejado de consumir, y como un padre ausente o semi-ausente, que nunca se había podido hacer cargo eficazmente de Lucas. Los hechos no parecen desmentir sus afirmaciones.

En la entrevista que tuve con ella, la madre me expresó su preocupación por ver a Lucas “*como un tiro al aire*”, muy irresponsable con sus cosas y con dificultades de concentrarse, y muy agresivo con ella, lo que le hace difícil relacionarse o incluso acercarse a él; y manifestó además un temor impreciso referido a las drogas, a que él pudiera probar o a que ya lo hubiera hecho, y que sus taquicardias y demás manifestaciones se debieran a ese motivo. Pero en esa entrevista el discurso de la madre era de tal nivel de confusión e incoherencia que el pensamiento acerca de las drogas se me impuso a mí en relación con ella.

Lucas, por su parte, se queja de sentirse acosado por su madre: ella se entromete en su habitación con cualquier pretexto cuando él está haciendo algo; y cuando está en lo de su padre –o sea, en lo de su padrastro– su madre suele llamarlo varias veces con cualquier excusa trivial, aunque la verdad –piensa Lucas– es que lo hace para controlar a su ex-marido; él es meramente el justificativo para llamar. Todo esto lo saca de quicio, y siente que tiene que estar todo el tiempo sacándosela de encima.

En sus sesiones se muestra en general despreocupado y alegre. Es habitual que juguemos a las cartas o a la monedita: impulsar de lado a lado del escritorio una moneda girando. Si no, los temas más frecuentes son sus malestares y los conflictos con su madre. Está bastante atrasado en su escolaridad, y cursa un

instituto para terminar el secundario, sin mucho entusiasmo; ésa no es una cuestión por la que manifieste mayor interés.

En rigor, Lucas tiene un interés casi excluyente, que al comienzo compartía con el padre: el aeromodelismo. A eso sí se dedica con sumo entusiasmo, fuera y dentro de las sesiones, y muchas veces trae sus aviones para mostrármelos o para que lo ayude a entender las instrucciones para su armado. Dedicó a ellos una paciencia y una constancia de las que no parece capaz en otros ámbitos, y ha adquirido una cantidad nada despreciable de conocimientos prácticos de aerodinámica.

Al comenzar una sesión un día martes me informó que ese viernes se iba a ir de viaje por una semana, a Europa. Iba a viajar solo y allí lo esperaría su padrastro, que ya había viajado. Se manifestó contento por el viaje, ya que nunca había ido y tenía muchas ganas de conocer Europa; pero, con el correr de la sesión, empezó a mostrarse preocupado. Me preguntó si era posible dormir en el avión. No era la primera vez que volaba, pero sí que lo hacía solo y en un viaje tan largo, de muchas horas, y tenía miedo de no poder dormir. Le señalé que parecía asustado, quizá inseguro por el avión; ¿tendría tal vez temor de que se cayese, como ocurría con sus aviones? Lucas rechazó mis suposiciones: sólo tenía miedo de no poder dormir. El ritmo de la sesión se fue acelerando, y comenzó a desplegar en rápida secuencia toda una serie de fantasías: a veces se sentía encerrado en su cuerpo; extendía sus brazos (como las alas de un avión, no pude evitar pensar mientras me mostraba sus brazos extendidos) y le parecía increíble que él estuviera ahí dentro; entonces le ocurría que se sentía desdoblado, como si su cabeza se saliera de su cuerpo y se fuera hacia arriba, y él se observara entonces a sí mismo desde esa exterioridad. Como el material que Lucas traía a esta sesión inusualmente intensa parecía hacerlo posible, intenté establecer algunas relaciones entre sus ansiedades por el viaje, sus habituales temores y sensaciones corporales y su pasión por construir y hacer volar aviones; pero él parecía muy compenetrado en el relato de sus sensaciones como para escucharme demasiado.

En la sesión siguiente, el jueves, día anterior a su viaje, apareció con una caja de cartón y una bolsa de polietileno. No parecía parte de la habitual parafernalia aeromodelística. Ni bien se sentó me comentó, mientras abría la caja, que acababa de comprar un hámster de regalo para su hermanita, y también

comida y aserrín para hacerle la cama. Mientras hablábamos se dedicó a jugar con el animalito, que estaba dentro de su caja; en rigor, lo que hacía era provocarlo y hostigarlo, haciéndolo enfurecer. ¿Se sentiría él así, acosado por su madre, cuando ella entraba a su habitación, pensé? Me contó que cuando era chico tuvo un hámster, que solía andar suelto por la casa, pero que un día se metió en el baño mientras la madre se bañaba y cuando ésta salió de la bañera lo pisó. Se complació en relatarme cómo había quedado el pobre animal. En esta línea, empezó a imaginar –divertido con la idea– que podía poner al hámster en la cabina de uno de sus aviones y hacerlo volar como si fuera el piloto. Le dije que quizá él querría desdoblarse, tal como había relatado la sesión anterior, y hacer volar al hámster como si fuera una parte suya, en tanto él se quedaba aquí, ya que el viaje parecía darle muchas ganas pero también mucho temor. Empezó entonces a jugar a inclinar la caja hasta dejar al hámster a punto de caer fuera de la misma, lo que obligaba al animalito a aferrarse literalmente con uñas y dientes. Finalmente el hámster cayó sobre el escritorio, y nos encontramos embarcados en un juego parecido al de la monedita, pero con el hámster, para evitar que cayera al piso, cosa que, obviamente, terminó ocurriendo. Lucas se sentó en el piso y continuó jugando con el hámster, que corría por la alfombra. Finalmente decidió dejarlo un rato en paz, y se sentó para seguir conversando conmigo acerca de su viaje, mientras vigilaba al hámster, que estaba fuera de mi vista porque me tapaba el escritorio. Unos minutos antes de finalizar me dijo que lo iría a guardar. Pero se encontró con que el animalito no estaba; ante su vista se había metido en un pequeño pero profundo recoveco que hay entre el zócalo y una biblioteca fijada a su vez a la pared. Imposible recuperarlo en el tiempo que quedaba. Lucas no pareció sin embargo para nada preocupado; al contrario: tranquilamente me dijo que me dejaba la comida y el aserrín para atender al hámster si es que salía, aunque también podía ocurrir que se muriera allí dentro; y que en todo caso lo llamara. Sólo atiné a decirle que parecía haber invertido los roles que mi interpretación anterior asignaba, y que se iba él dejando aquí al hámster para que yo me ocupara de él. La sesión terminó y Lucas se fue, dejándome con la preocupación por la suerte del hámster.

Afortunadamente, el animalito, hambriento, apareció el día sábado, y tuvo el buen gusto de no hacerlo durante la sesión de

algún otro paciente. Lo cuidé el fin de semana y el lunes llamé a la madre de Lucas, que ignoraba todo el episodio, para que lo viniera a buscar; en ese momento me contó también ella la historia del infortunado hámster aplastado.

Lucas volvió dos semanas después. Pude enterarme de un par de cosas: le había ido bien en el viaje, y no había tenido demasiados problemas para dormir. El único inconveniente que se le presentó fue que, al llegar a Europa, el padrastro no lo estaba esperando; sólo se encontraron unas horas más tarde, y eso lo asustó un poco. Por otra parte, se había enterado de la aparición del hámster, pero no alcanzó a verlo, ya que el animal se escapó un par de días después de que la madre se lo llevara porque la caja de cartón en la que estaba —y en la que había seguido habitando— se ablandó al derramarse el agua que la madre le había puesto para que bebiera.

Es posible caracterizar la adolescencia como un período de cambio, de transición, a lo largo del cual un sujeto ubicado al comienzo en posición infantil, de niño, elaborará las coordenadas que le permitirán devenir sujeto adulto. Si éstos son los límites de la adolescencia, su transcurso no puede concebirse como un despliegue lineal y continuo, un desarrollo, sino como un desprendimiento, una caída, de los referentes subjetivos que sostenían la posición infantil antes, mucho antes, de que se establezcan aquéllos que determinarán al sujeto como un adulto singular.

El niño, en tanto sujeto humano, está antes de la pubertad incluido en la trama simbólica a la cual arribó y en la cual tiene un lugar asignado aún antes de nacer. Este es su umbral subjetivo mínimo. En su condición de sujeto historizado, es parte de un universo de significaciones que lo preceden, lo exceden y lo atraviesan: la historia familiar. En esa historia él no es sujeto, sino objeto, objeto significado y relatado por los padres, por la familia. Forma parte del “nosotros” familiar, y es nombrado, designado y caracterizado desde allí. La función mediatizadora de la historia, que despeja el aparato psíquico del peso abrumador de lo actual, la cumple para el niño esa historia familiar, horizonte de valor y de significados y garantía de la estabilidad de su mundo. Ella le permite organizar y articular lo previo a la palabra, a su experiencia recordable; le es imprescindible para incluirse en el sistema de parentesco, en el orden generacional, y para encontrar

su lugar en el deseo parental, para reconocerse como producto de ese deseo y poder desde allí llegar a ser sujeto de sus propios deseos. Entre el pasado así constituido, puesto a distancia en el mítico “*cuando yo estaba en la panza de mamá*” o “*cuando yo era chiquito*”, y el futuro indefinido del “*cuando sea grande*”, tiempo sostenido en la credibilidad otorgada a la palabra de los adultos, depósito de todas las promesas y fantasías ajenas y propias que pueden ser así puestas en espera, postergadas, se libera un tiempo presente abierto al enorme caudal de experiencias y adquisiciones de la infancia.

Por supuesto que la historia familiar, como toda historia, no lo incluye todo. Lo excluido de esa historia “oficial” –lo silenciado y ocultado, lo desmentido, lo distorsionado, las experiencias y vivencias puramente personales, lo traumático, etc.– puede organizarse en otras “historias”, de un carácter más subjetivo –las teorías sexuales infantiles, la novela familiar, las fantasías– o sostenerse en la penumbra de lo que no llega a adquirir plena existencia simbólica.

En la escena del mundo infantil así constituida estas distintas dimensiones parecen en cierto modo coexistir, en paralelo, más o menos manifiestas o reprimidas, pero sin interferirse demasiado.

La escena del mundo adulto, problemático punto de llegada de la adolescencia, presenta –o debería presentar– un panorama distinto. Se trata de un sujeto que ya no es más, hace mucho, un niño, y que ha conseguido hacerse un lugar fuera del restringido universo familiar. En lo que nos ocupa, eso significa haber reorganizado las coordenadas simbólicas de su subjetividad y, en particular, su dimensión temporal. “*Un futuro distinto requiere un pasado diferente*” (Lewis, B.). Una nueva condición subjetiva implica una reescritura de la historia, aunque en rigor éste sea un proceso permanente, “*jamás terminado, siempre a ser retomado para y por todos nosotros*” (Aulagnier, P.).

Ser adulto es haber salido del lugar infantil –por lo tanto, de la dominante inmersión en la historia familiar– y haber accedido a ser, en primera persona, sujeto de la propia historia. Esta será ahora para el sujeto el horizonte de valor y de significaciones que dará estabilidad a su mundo. Sin cortar radicalmente con la historia a la que advino –ya que necesita conservar de ella los reparos identificatorios que le permitan reconocerse en la continuidad de su experiencia–, pero sin que tampoco sea una simple

repetición o reedición de la misma, una continuación directa o una variación temática, la historia será ahora la síntesis singular de un sujeto inserto en una trama simbólica que lo ubica pero que no lo agota en su ser. Incluido en ella en primera persona, como historiador, con sus vivencias, experiencias e interpretaciones¹³, el sujeto se apropiará así de su pasado, despejando un presente en el cual se moverá en función de una proyección futura en la cual ya no caben todas las promesas, todas las fantasías.

En el medio está la adolescencia, signada por *“ese trabajo de poner en memoria y de poner en historia gracias al cual un tiempo pasado, como tal definitivamente perdido, puede continuar existiendo psíquicamente en y por esa autobiografía”* (ibid.). Cuando esto esté logrado, al menos en sus determinantes esenciales, el sujeto ya será un adulto. Mientras tanto, estará inmerso en un proceso de historización en vías de desarrollo que abarca todo el período que nos ocupa.

Limitada entre los espacios esencialmente negativos del “ya no” de la infancia y del “todavía no” de la inserción adulta, la temporalidad adolescente tiende a replegarse sobre la inmediatez, el presente¹⁴. El aparato se ve inundado de actualidad. Por una parte, los cambios corporales puberales y las nuevas demandas sociales, que son inéditos, que no remiten a nada anterior, no son incluíbles sin ruptura en la historia previa; por la otra, la caducidad de esa misma historia, de los referentes significantes que la organizaban y de los significados producidos por ellos, debido a la salida del sujeto de su lugar de niño y a la crisis de la credibilidad otorgada a la palabra adulta y a su función de garantía, devuelve su actualidad a las marcas. Perdida la distancia simbólica que las constituía en efectivamente pasadas, en lugar de aparecer en la rememoración, en el síntoma, en las formaciones del inconciente, tenderán a emerger en lo actual, en lo inmediato, en la acción.

Si es posible hablar de una escena del mundo organizada y semantizada históricamente en la cual el sujeto, niño o adulto, se mueve, la condición adolescente parece ser diferente. Puesto en

¹³ “... puede reconocerlos como su obra y no como una pieza escrita por un autor que le impone su rol y sus réplicas” (ibid.).

¹⁴ “El problema de la rapidez de sustituciones en los distintos dominios intrapsíquicos... provoca una especie de amnesia del estado precedente; hace creer que el adolescente vive siempre en el presente...” (Marcelli, D.- Braconnier, A.).

cuestión el sustento histórico, temporal, el adolescente se ve confrontado con el problema de tener que producir y sostener alguna escena que aporte sentido a una actualidad que tiende a reducirse a lo instantáneo y que amenaza tornarse caótica, con la inestabilidad de toda configuración conseguida y con el riesgo constante de la caída de la escena a la angustiosa inmediatez de lo real.

En cierto sentido, todo adolescente debe obedecer al mandato que alguna vez recibiera el patriarca Abraham –“*Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré*” (Génesis, 12, 1)–. Pero ¿dónde está la divinidad que indique a los adolescentes a dónde deben dirigirse, que les garantice una travesía sin accidentes graves y una exitosa llegada, que les asegure que “*de ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan...*” (ibid., 2-3)? En esas condiciones, ¿cómo será viajar solo a Europa; cómo será llegar a Europa; cómo será Europa; qué lo esperará a uno en Europa? ¿No se extraviará uno por el camino?

¿Será simple casualidad o, por el contrario, insight estructural, el hecho de que Borges haya hecho a Funes adolescente, y que la paralizante inmersión de éste en su insensato, eterno y abrumador presente sea consecutiva a una caída que lo dejó, al mismo tiempo, tullido e hipermemoriosos, haciendo finalmente imposible su vida? Estaría en juego aquí la estructura misma del pasaje al acto¹⁵. Sin llegar a tanto, pero sin soslayar tampoco la dimensión de riesgo de caída que el tránsito por la adolescencia tiene por estructura, la posibilidad cierta de no llegar nunca a la tierra prometida de la adultez –desde los accidentes de todo tipo y los suicidios, pasando por las drogas y las fugas¹⁶ hasta las rupturas psicóticas (Aulagnier, P.; Mannoni, O.)–, el problema de lo actual caracteriza la mayoría de las manifestaciones propias de la adolescencia. Ya que incluso

¹⁵ “... el sujeto, por así decir, se precipita desde allí donde está, desde el lugar de la escena donde sólo puede mantenerse en su estatuto como sujeto fundamentalmente historizado, y cae esencialmente fuera de la escena. Tal es la estructura misma del pasaje al acto” (Lacan, J., 1963).

¹⁶ “¿Les traeré otro ejemplo tan manifiesto? ¿Quién piensa en impugnar esa etiqueta en lo que llaman la fuga? ¿Y a qué se le llama fuga en el sujeto, siempre más o menos puesto en posición

la escena que el adolescente logre configurar tendrá también las características de lo inmediato: más puesta en escena que relato, más mostración que narración, se brindará más a la mirada que a la escucha (Lacan, J., 1963), y aparecerá más en el plano del acting-out que en el de la asociación libre. Su tiempo propio no será el desarrollo diacrónico del relato, en el cual un significante remite a los siguientes o a los anteriores, sino el despliegue sincrónico de la imagen, instantánea, fugaz, y por eso mismo inestable; desplegada no ya en el tiempo, sino en el espacio¹⁷.

El problema técnico que esto plantea es equivalente al que Freud desarrollara en los *Estudios sobre la Histeria* (Freud, S., 1895) –es decir, nuevamente en la teoría traumática– en relación con el modelo psicopatológico de los grupos psíquicos separados de la conciencia y organizados como las catáfilas de una cebolla: “¿Cómo es que un camello como éste (es decir, una estructura extendida espacialmente, como una organización imaginaria) puede pasar por el ojo de la aguja? Ya que hay cierta justificación en hablar del ‘desfiladero’ de la conciencia... Sólo un recuerdo por vez puede entrar en la conciencia del Yo (o sea, en una sucesión temporal, con una estructura de discurso)... Toda la masa de material psicogénico, extendida espacialmente, es de este modo hecha pasar a través de una estrecha rendija, arribando a la conciencia cortada, de algún modo, en trozos o tiras (tal como el lenguaje, el significante, recorta la imagen, vehiculizándola a través de la palabra). Es tarea del psicoterapeuta volver a juntar esas piezas en la organización que él presume ha existido (es decir, la función propia de la construcción histórica)”.

Ambas modalidades pueden observarse en Lucas. Una de ellas, frustra; la otra, desplegada en su plenitud. La irrupción de

infantil, que a ella se lanza, sino a esa salida de la escena, esa salida vagabunda al mundo puro, donde el sujeto parte a la búsqueda, al encuentro, de algo rehusado por doquier? (...) La partida es ese pasaje de la escena al mundo...” (ibid.).

¹⁷ “Existe así una oposición dialéctica potencial entre el espacio y el tiempo, como entre realidad externa y realidad interna. La temporalidad es la referencia de los adultos. Ellos la van a invocar sin cesar ante el adolescente, abogando por la conveniencia de dejar que el tiempo aporte las soluciones imposibles de ser halladas por el momento. Pero a esta invitación a un despliegue sobre el porvenir de las tensiones del momento, el adolescente responde con un despliegue en el espacio y una inmediata puesta a distancia de una tensión interna que la espera no hace más que exasperar” (Jeammet, Ph.).

la novedad del viaje, verdadera metáfora de su adolescencia, actualiza para él, de manera imperiosa e inquietante, el conjunto de sus dificultades, de sus preocupaciones y de sus incertidumbres. En la primera de las sesiones relatadas se lo ve, de un modo nada habitual en Lucas, verbalizando sus temores, concentrados en un interrogante angustioso: ¿podrá dormir? Ya lanzado a asociar libremente, comienza a desplegar narrativamente, de manera vertiginosa, sus fantasías, en las que no es difícil encontrar los sentidos posibles de sus temas más habituales, y en las que, retrospectivamente, se pueden reconocer las soluciones desiderativas a los problemas con los que la coyuntura lo confronta. Con todo, es evidente que este desarrollo queda trunco: su ansiedad, en la sesión, no cede y va en aumento; no puede escucharse ni escucharme, arribar a alguna coherencia o a alguna solución. Y el tiempo apremia, ya que, ante el viaje, como ante la adolescencia, el tiempo es la actualidad, y no hay espera posible.

La segunda sesión es diferente. No hay interrogantes, preocupaciones ni relato; hay, en cambio, acción. El tiempo en juego aquí, que cabe perfectamente en la sesión, es sólo el necesario para desplegar en plenitud la escena, jugada en el espacio real del consultorio, principalmente ante mi vista, aunque también fuera de mi vista. Las habituales angustias de Lucas, hipocondríacas, de despersonalización y de desdoblamiento, lejos de inquietarlo, sirven aquí a la realización de deseos: la solución es irse *y también* quedarse. Y la escena del acting, cuyo despliegue ocupa toda la sesión, presenta –al modo de la escena onírica, pero inserta en la escena de lo real– ese deseo realizado, puesto en acto, el problema ya resuelto: Lucas se va *y también* se queda. Seguramente no debería sorprender demasiado que, después de esta sesión, Lucas pueda irse de viaje muy tranquilo, ya que, al mismo tiempo que se va, también se queda a mi cuidado. Como ante un sueño logrado –aunque se trate de algo muy diferente de un sueño–, su preocupación principal se ve apaciguada: puede seguir durmiendo, por ahora. Para la historia futura de su análisis y de su adolescencia quedan un par de hechos, cuya significación deberá verificarse: entre irse y quedarse, Lucas puede, en lo real, irse de viaje, pese a sus temores; y la experiencia parece tener globalmente un saldo favorable. Por otra parte, en el conjunto de la situación se pone de manifiesto una adecuada percepción de los problemas que enfrenta, de los personajes que lo rodean, de aquello con lo que cuenta

y aquello de lo que no está seguro de disponer en su tránsito por la adolescencia.

De este modo, el acting out de Lucas condensa y organiza, en una escena fugaz aunque plena de sentido –que bastaría por sí sola para destacar la insuficiencia de toda concepción puramente económica del acting, entendido como mera descarga motora de tensión pulsional e impulsiva–, los acuciantes problemas con los que la adolescencia lo confronta, y a los que deberá a su tiempo dar solución más allá de lo inmediato: si partir supone enormes incertidumbres, quedarse tampoco está exento de peligros, y puede ser fatal. ¿Cómo satisfacer al mismo tiempo el anhelo y el temor de aventurarse a lo desconocido, el deseo y la repulsa de quedarse resguardado en el ámbito conocido, con casa, cama y comida aseguradas? ¿Levantar vuelo o ser un tiro al aire? ¿Arriesgarse a quedarse y ser aplastado, o a partir y quizá perderse por el camino? Su cuerpo, ahora adulto y sexuado como el paterno, de quien lo ha tomado identificatoriamente, no parece brindarle, como el avión, suficientes garantías; ¿no vive acaso Lucas quejándose permanentemente de los problemas de diseño, de funcionamiento y de conducción que su cuerpo tiene para él, ese cuerpo dentro del cual –para colmo– ni siquiera se siente cómodamente instalado? ¿Lo sostendrá en su aventura, o lo condenará a quedar al cuidado de esa madre, que aparece como invasora y seductora y que seguramente no debe necesitar hacer mucho para convocar el fantasma del hámster aplastado?

Y si todo esto permite dar cuenta, en gran medida, de los problemas técnicos que el abordaje de la adolescencia plantea al psicoanálisis, cuyo principal recurso metodológico, la libre asociación, se encuentra tan limitado por las condiciones dinámicas de la adolescencia, por los mismos motivos no autoriza a extraer conclusiones psicopatológicas demasiado apresuradas¹⁸, que implican *“el riesgo de que la oposición normalidad/enfermedad induzca a hablar de la enfermedad-adolescencia”* (Marcelli, D.- Braconnier, A.). Entre otras razones porque no sólo la acción

¹⁸ “Metapsicológicamente, numerosos autores establecen un paralelo entre adolescencia, psicopatía, delincuencia, toxicomanía, perversión” (Balier, C.). “En muchos casos la psicopatología cambia de una forma a otra, a veces en el curso de semanas y meses, pero frecuentemente también de un día para otro e incluso dentro de una y la misma sesión psicoanalítica. Los síntomas manifestados por tales pacientes pueden ser neuróticos en cierto

plantea tantos problemas técnicos y clínicos, sino que también su ausencia lo hace. Es el caso de las latencias prolongadas, en las que el sujeto, sin afrontar los riesgos e incertidumbres de ese tiempo de apertura y presentificación, persiste sin ruptura y sin conflicto —y sin acción— en el mismo universo de significados en que siempre lo ha hecho. Y hacia el otro extremo, la adolescencia prolongada destaca los problemas de la persistencia indefinida en la acción —equivalente en cierto aspecto a la inacción—, la dificultad del cierre y del advenimiento de otro tiempo, más estable y organizado, sobre la base de nuevas exclusiones, momento de concluir, tiempo de duelo por todas las historias que no serán ya posibles. Aunque, ¿quién sabe...?

Tantas dificultades, ¿vuelven inválido el abordaje psicoanalítico de la adolescencia? No lo creo. En principio, porque el objetivo psicoanalítico de historizar lo actual¹⁹, aunque sea tal vez algo más imposible que en otros momentos, sigue tan vigente como en cualquier otro período de la vida, o quizá aún más²⁰. Sólo que se trata de no poner el carro delante de los caballos: la dimensión histórica en la adolescencia no puede darse por ya constituida, sino que es básicamente un objetivo, una apuesta, y puede demandar mucho tiempo; es la etapa “preliminar”, característica de los análisis en la adolescencia (Aryan, A.). No cabe por lo tanto esperar que se desplieguen con facilidad rememoraciones, libre asociación, las que presuponen la integridad de esa dimensión. Hacerlo de otro modo es o bien reenviar forzosamente

momento y casi psicóticos en otro. Entonces pueden ocurrir repentinos actos de delincuencia, sólo para ser seguidos por una fase de actividad sexual perversa. Así, correlacionado con las particularidades psicológicas de esta fase evolutiva, el paciente puede exhibir una variedad de formas psicopatológicas en rápida sucesión” (Eissler, R.). *Este estado de enfermedad es traído, pieza por pieza, dentro del campo y del alcance de la operación del tratamiento y, en tanto el paciente lo experimenta como algo real y contemporáneo, nosotros debemos ejercer nuestra labor terapéutica sobre él, la cual consiste, en una amplia medida, en hacerlo remontar al pasado”* (Freud, S., 1914).

²⁰ “Cuando el adolescente tiene la sensación de que está buscando avanzar y tornarse muy potente —un individuo que conoce todo y que puede controlar el mundo para adaptarlo a sí mismo— intenta también encontrar su camino hacia atrás, hacia algo que abandonó durante el período de latencia, en el momento de la crisis del complejo edípico...” (Meltzer, D.). “‘Construye tu futuro’; a este mandato que los padres y el campo social susurran en el oído del adolescente, el analista sustituye un anhelo: ‘construye tu pasado’. Anhelo y no mandato, ya que está ubicado para medir la dificultad de semejante tarea...” (Aulagnier, P.).

al adolescente a su historia infantil, de la cual está saliendo, o bien suplirla con una historia protésica, construida por el analista sobre la base de sus intuiciones o de su teoría; eso sólo produciría rechazo o... más acción. Nada sería más sencillo y tentador –ni, a mi juicio, más erróneo– que apresurarse a extraer todas las significaciones, a pronunciar todas las interpretaciones, a construir todas las historias posibles, de una escena como la de Lucas, con su riqueza de articulaciones y matices; seguiría faltando aún el elemento principal: el propio sujeto –Lucas, en este caso– en tanto historiador. ¿Por qué no esperar a que aparezca? La historia, los recuerdos, correspondientes a su nueva subjetividad, deben constituirse, en primera persona. ¿Qué mejor espacio para eso que el analítico?

Por otra parte, la escena configurada por el adolescente, aunque se despliegue en lo actual, en la acción, y no en el relato, no por ello está fuera de la transferencia. Al contrario: el acting-out es transferencia, “*es el amago de la transferencia, es la transferencia salvaje*” (Lacan, J., 1963), a la que se debe ofrecer la palestra de la relación transferencial (Freud, S., 1914) para domesticarla (Lacan, J., 1963), ponerle las riendas (Freud, S., 1914), ponerla a trabajar. Esa escena, plataforma a través de la cual se introduce, en la que se muestra, lo que no tiene palabra, lo excluido de la historia, de la existencia subjetiva, a través de la cual el sujeto se sostiene en la escena del mundo, no se brinda a la escucha, sino a la mirada. A ese lugar es convocado el analista, al lugar de la mirada desde donde se sostiene la escena en la que se sostiene el sujeto, y que el analista debe sostener; o, muchas veces, sostener a los padres para que la sostengan. Para evitar, ante todo, el tan funesto destino de Funes o de los hámsters de Lucas, y para hacer luego posible que algo se haga escuchar, que se abra una cuestión y que, por la vía de la palabra, acceda a la rememoración y a la interpretación. Bordeando el peligro de la caída en el pasaje al acto y sosteniéndose en la escena del acting-out, lo presentificado en la dimensión repetitiva de la acción podrá así dar lugar al acto de rememorar, de historizar (Allouch, J.).

Para hacer pasar ese camello imaginario por el ojo de la aguja histórica, que hilvana el hilo conductor del sentido que una vida adquiere, estos diferentes momentos de la dialéctica terapéutica no pueden saltarse. Por ahora, a Lucas sólo lo inquieta poder dormir tranquilo. Y la escena de su acting solamente podrá

acceder a la historización cuando a él se le planteen los enigmas que la misma manifiesta, cuando eso lo lleve a cuestionarse, a desplegar en el tiempo simbólico sus interrogantes, a buscar y esperar respuestas. Conducirlo y acompañarlo hasta allí es la apuesta terapéutica crucial en la adolescencia.

La escenografía rápidamente cambiante, en la que el terapeuta es convocado cada vez a otro lugar, la incertidumbre, la inconsistencia, la no comprensión, seguramente demandarán del analista ser paciente y disponer de una agilidad bastante adolescente. Para lo cual quizá sea conveniente no tener demasiado olvidada la propia adolescencia.

Aún con todas las dificultades, ¿quién podría hacerlo mejor que el psicoanálisis?

BIBLIOGRAFIA

ALLOUCH, JEAN. Una terna freudiana: acto, acting-out y acción. En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Vol. XIV Nº 4, Montevideo, 1977.

RESUMEN

Partiendo del hecho de que la acción es una característica muy destacada en la adolescencia y que es considerada la causa principal de muchas de las dificultades que se plantean para el abordaje psicoanalítico, razón por la cual se han propuesto frecuentemente otros tipos de tratamiento, este trabajo se propone ubicar conceptualmente la noción psicoanalítica de acción y su incidencia particular en la clínica de este período de la vida.

Aquello que escapa al objetivo psicoanalítico de historizar lo actual no va a aparecer como recuerdo ni como formación del inconciente sino como repetición actualizada, en forma de acción, constituyéndose así en un obstáculo para la libre asociación, principal recurso técnico del psicoanálisis.

En la adolescencia, un conjunto de factores –cambios corporales, demandas sociales, la caducidad del contexto simbólico de la infancia– hace que, al perderse el sustento histórico, la emergencia de las marcas psíquicas del pasado se produzca en el plano de la acción. El campo de trabajo se ve invadido de actualidad, y la escena que el adolescente va a organizar a fin de orientar su accionar en un mundo

que amenaza perder todo sentido tendrá las características del acting-out –inmediatez, puesta en escena, estructura de imagen que se brinda a la mirada– más que las de la narración histórica, que se ofrece a la escucha en su despliegue diacrónico.

Ésta es una condición estructural de la adolescencia, que le da su característica inestabilidad y su inevitable dimensión de riesgo, y que explica muchos de los inconvenientes técnicos que se le plantean al psicoanálisis. El trabajo explora estos aspectos sobre la base de un ejemplo literario y de otro ejemplo clínico. Pero estas mismas razones estructurales no autorizan la traducción inmediata de la acción adolescente en configuraciones psicopatológicas.

Todas estas dificultades no invalidan el abordaje psicoanalítico; por el contrario: a condición de no perder de vista las condiciones dinámicas de la adolescencia, el psicoanálisis es no sólo posible y útil, sino que además probablemente disponga de mejores recursos para aproximarse a los problemas de la adolescencia que otros métodos terapéuticos.

SUMMARY

The tendency to act is considered an outstanding feature of adolescents and regarded as the main cause for the many difficulties met with when attempting a psychoanalytical approach at this age; for this reason, other types of treatment have often been proposed. This paper explores the conceptual place of the psychoanalytic notion of action and its peculiar incidence in clinical work with adolescents.

What escapes the psychoanalytic goal of historicising actuality will appear neither as memories nor as unconscious-formations, but as actualised repetition, in the shape of action, thus becoming an obstacle to free association, the main technical resource of analysis.

During adolescence an aggregate of factors –bodily changes, social demands, caducity of the symbolic context of infancy– causes, due to loss of historical support, the emergence of the psychical marks of the past in the guise of actions. The working area becomes flooded with actuality; and the scene the adolescent organises in order to orient his moves within a world that threatens to become senseless will have the properties of acting-out –immediateness, stage setting, structure of an image offered to view– more than those of historical narrative, with its diacronic development open to listening.

This is a structural condition of adolescence, which gives it its

characteristic instability and its unavoidable dimension of risk, and which explains many of the technical obstacles psychoanalysis must face. The paper explores these aspects in relation to a literary instance as well as to a clinical one. But, on the other hand, those same structural reasons do not justify immediate translation of adolescent acting into psychopathological structures.

All these difficulties do not invalidate psychoanalytic approach; on the contrary: as long as the dynamic conditions of adolescence are not lost sight of, psychoanalysis is not only possible and useful, but it also probably has at its disposal better resources with which to approach the problems of adolescence than other therapeutic methods.

RESUME

Nous partons du fait que l'action est une caractéristique très remarquable pendant l'adolescence, et qu'elle est censée être la cause principale de beaucoup des difficultés trouvées lorsqu'on essaye d'aborder psychanalytiquement un adolescent; c'est pourquoi d'autres types de traitement ont été proposés. Ce travail explore la place conceptuelle de la notion psychanalytique d'action et son incidence particulière sur la clinique de cet âge.

Ce qui échappe l'objectif psychanalytique d'historiser l'actualité ne va pas apparaître comme des souvenirs, non plus comme des formations de l'inconscient, mais comme répétition actualisée, sous la forme d'action, ce qui devient un obstacle à la libre association, recours technique principal de l'analyse.

A l'adolescence, un ensemble de facteurs –changements corporels, exigences sociaux, la caducité du contexte symbolique de l'enfance– fait que, s'étant perdu le support historique, l'émergence des marques psychiques du passé va se produire au niveau de l'action. Le champ de travail est envahi d'actualité, et la scène que l'adolescent va organiser pour orienter ses mouvements dans un monde qui risque de perdre tout sens aura les propriétés de l'acting-out –immédiateté, mise en scène, structure d'image qui s'offre au regard– plutôt que celles de la narration historique, ouverte à l'écoute dans son développement diachronique.

Celle-ci est une condition structurale de l'adolescence qui lui donne son instabilité caractéristique et son inévitable dimension de risque, et qui permet d'expliquer beaucoup des obstacles techniques auxquels la psychanalyse doit faire face. Nous explorons ces aspects en relation

à un exemple littéraire et un exemple clinique. Mais les mêmes raisons structurales n'autorisent pas la traduction immédiate de l'action adolescente en configurations psychopathologiques.

Toutes ces difficultés n'invalident pas l'abord psychanalytique; bien au contraire: à condition de ne pas perdre de vue les conditions dynamiques de l'adolescence, la psychanalyse est non seulement possible et utile, mais elle a peut être à sa disposition de meilleures ressources pour s'approcher aux troubles de l'adolescence que d'autres méthodes thérapeutiques.

- ARYAN, ASBED. La adolescencia: aportaciones a la metapsicología y psicopatología. En: *Psicoanálisis A.P.de B.A.*, Vol. VII N° 3, Buenos Aires, 1985.
- AULAGNIER, PIERA. Construir(se) un pasado. En: *Psicoanálisis A.P.de B.A.*, Vol. XIII N° 3, Buenos Aires, 1991.
- BALIER, C. L'adolescent: psychopathie et troubles des conduites sociales. En: *Encyclopédie Médico-Chirurgicale*; Psychiatrie, 37216 G¹⁰. Ed. Techniques, Paris, 1991.
- BLOCH, MARC. *Introducción a la historia*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.
- BORGES, JORGE LUIS. Funes el memorioso. En: *Ficciones*. En: *Obras completas*, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1974.
- CARR, EDWARD H. *¿Qué es la historia?* Ed. Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.
- COROMINAS, J. - PASCUAL, J.A. *Diccionario crítico y etimológico castellano e hispánico*. Ed. Gredos, Madrid, 1991.
- EISSLER, K.R. Notes on problems of technique in the psychoanalytic treatment of adolescents. With some remarks on perversions. En: *Psychoanalytic Study of the Child*, vol. XIII. International Universities Press, New York, 1958.
- FERRATER MORA, JOSÉ. *Diccionario de filosofía*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1965.
- FREUD, ANNA. Adolescence. En: *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. XIII. International Universities Press, New York, 1958.
- FREUD, SIGMUND (1893). El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos. Comunicación preliminar. S.E. T II.
- (1895) Estudios sobre la Histeria. S.E. T II.
- (1897) Los orígenes del psicoanálisis. Carta N° 69. S.E. T I.
- (1914) Recordar, repetir y elaborar. S.E. T XII.

- (1916) Conferencias introductorias al psicoanálisis. Conferencia XIII: Rasgos arcaicos e infantilismo de los sueños. *S.E.* T XV.
 - (1937) Construcciones en el análisis. *S.E.* T XXIII.
 - GELEERD, ELIZABETH. Some aspects of psychoanalytic technique in adolescence. En: *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol XII. International Universities Press, New York, 1957.
 - JACOBSON, EDITH. Adolescent moods and the remodeling of psychic structures in adolescence. En: *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. XVI. International Universities Press, New York, 1961.
 - JEAMMET, PH. Dynamique de l'adolescence. En: *Encyclopédie Médico-Chirurgicale*; Psychiatrie, 37213 A²⁰. Ed. Techniques, Paris, 1994.
 - LACAN, JACQUES (1953) Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En: *Escritos I*, Ed. Siglo XXI, México, 1972.
 - (1954) Seminario I: *Los escritos técnicos de Freud*. Ed. Paidós, Barcelona, 1984.
 - (1955) Seminario II: *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Ed. Paidós, Barcelona, 1984.
 - (1963) Seminario X: *La angustia*. Inédito.
 - LAMPL-DE GROOT, JEANNE. On adolescence. En: *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. XV. International Universities Press, New York, 1960.
 - LAPLANCHE, J. - PONTALIS, J.-B. *Vocabulaire de la psychanalyse*. Ed. Presses Universitaires de France, Paris, 1968.
 - LEWIS, BERNARD. *La historia recordada, rescatada, inventada*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1979.
 - MANNONI, OCTAVE. L'adolescence est-elle "analysable"? En: DELUZ, ARIANE et al. - *La crise d'adolescence*. Ed. Denoël, Paris, 1984.
 - MARCELLI, D. - BRACONNIER, A. *Manual de Psicopatología Adolescente*. Ed. Masson, México, 1986.
 - MELTZER, DONALD. Seminarios de Novara. En: *Quaderni di Psicoterapia Infantile*. Ed. Borla, Roma, 1978.
 - MOLINER, MARÍA. *Diccionario de uso del español*. Ed. Gredos, Madrid, 1992.
 - SEGURA MUNGUÍA, SANTIAGO. *Diccionario etimológico latino-español*. Ed. Anaya, Madrid, 1985.
- Descriptores: Acción. Actuación. Adolescencia. Historización. Psicoanalista.

B. MIGUEL LEIVI

B. Miguel Leivi
Laprida 1727, P.B.
1425 Buenos Aires
Argentina